

STA. TERESA DEL NIÑO JESÚS
"Un genio en la época de los inventos"
26 noviembre 2022

PRESENTACIÓN COMPARTIDA

NOTICIA EN LA PÁGINA DE WWW.ALETEIA,

EL SORPRENDENTE HOMENAJE DE LA UNESCO A SANTA TERESITA DE LISIEUX

La Unesco está celebrando oficialmente dos años dedicados a santa Teresa del Niño Jesús, con motivo del 150 aniversario de su nacimiento, junto al fraile agustino Mendel, quien formuló las ahora conocidas como "leyes de Mendel" y que dieron origen a la ciencia genética; y con Nicolás Copérnico, sacerdote y astrónomo, quien como tal propuso la teoría heliocéntrica del sistema solar.

Este nombramiento de Teresa como personaje representativo en el mundo de la cultura es una manera inesperada de reconocimiento a su sorprendente legado espiritual que ha irradiado más allá de la Iglesia.

La «ciencia del amor», que comprendió y expresó Teresita, se basa en la constatación de que el amor a Dios y a los demás no depende de las grandes capacidades, cualidades, o méritos de una persona: se basa, más bien, en la capacidad para aceptar la propia fragilidad y el amor de Dios por cada persona (Cf. Descubre el ascensor al Cielo, cambiará tu vida).

El lenguaje del amor que trasciende fronteras

«Cada dos años, la Unesco rinde homenaje a personalidades que, cada una a su manera, han trabajado y siguen trabajando en los ámbitos de la educación, la promoción de la mujer, la cultura, la ciencia y la construcción de la paz», explica el sacerdote Thierry Hénault-Morel, rector del Santuario de Alençon, la localidad en la que nació la santa.

«Conocida en todo el mundo – añade el presbítero –, Teresa, con sus obras y su testimonio, contribuye a la promoción de los valores universales. A través de la calidad y profundidad de su vida, habla un lenguaje que trasciende las fronteras: el del Amor».

«Doctora de la ciencia del amor»

Entre los 36 doctores de la Iglesia, solo cuatro mujeres han recibido este reconocimiento en dos mil años de historia. Además de Teresita, se trata de la alemana santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), la italiana santa Catalina de Siena (1347-1380), y la española santa Teresa de Ávila (1515-1582).

Las cuatro son testimonio de la riqueza que supone para la Iglesia y el mundo la vida contemplativa: una era benedictina, otra dominica y dos carmelitas.

TERESA: Estaba yo lejos de imaginar lo que Dios seguiría haciendo de mí, una vez franqueada el umbral de la muerte, aquel 30 de septiembre...

Tengo que reconocer que el Dios que había ido creciendo conmigo, no había dejado de cumplir hasta mis más pequeños deseos...Y, como Él los ponía en mi corazón, fueron haciéndose cada vez más grandes e infinitos. Sin embargo, comprendí que sólo Él podría llevarlos a cabo, porque la distancia entre ellos y mi capacidad era cada vez mayor. Eso me hacía sentir con mayor fuerza mi impotencia. Yo seguía siendo una débil florecilla de invierno, y mis deseos se perdían en la cima de una montaña inescalable para un granito de arena...

UNA CARMELITITA: Antes de que Teresa nos siga contando su historia, tenemos que hacer algunas aclaraciones para comprender bien lo que ella vivió.

En su época, en la sociedad del s. XIX, en la Europa y en la Iglesia preconiliar, por tanto, en la vida de los Monasterios, la espiritualidad que lo impregnaba todo estaba teñida con los tintes del jansenismo, una corriente que ensombrecía la figura e imagen de Dios, convirtiéndolo en un juez severo y castigador del pecado y del pecador, que requería la reparación de las ofensas con la penitencia. En este ambiente espiritual que pedía al cristiano una estrecha cuenta de sus actos; que sometía las conciencias al miedo; que veía el pecado como una batalla contra todo tipo de placer o alegrías humanas. En esta época, por otra parte, en la que la ciencia avanzaba para hacer más cómoda y desarrollada la vida humana, más liberada de los males y enfermedades, más avanzada y liberada en el pensamiento, a través del acceso a la educación, y la universidad para las mujeres; en este tiempo de inventos, es cuando Teresa entró en la Historia de la humanidad para traer un nuevo “invento”. Pero ¿qué es lo que inventó?; en realidad ¿inventó algo nuevo?

Teresa estaba hecha a medida para su tiempo,-y digamos que lo sigue estando para el nuestro-. Con ella el Espíritu de Dios empleó su propia astucia. Conocemos genios de la música, como Bach o Mozart; de las artes, como Miguel Ángel; de la ciencia, como Albert Einstein. Un genio puede revelarse durante la infancia, como un prodigio con dones particulares o más tarde en la vida. Los genios son usualmente llamados así después de haber demostrado gran originalidad. Tienden a tener grandes intuiciones en sus dominios, y utilizarlas con tremenda energía. Podríamos decir a nivel espiritual que el genio consiste en irradiar la luz, en la que se ha ido transformando a sí mismo, y transformando el entorno que le rodea, sea por el pensamiento, sea por la creatividad del amor que ha desplegado. En este caso, el “genio” de Teresa fue haber recuperado la frescura del Evangelio, y a Dios como Padre...

NOTICIA: Una muchacha, Teresa Martín, muere a los 24 años, en un pequeño Carmelo del extremo de una provincia francesa que no se tiene por mística. Una decena de amigos acompañan su cuerpo. Se acabó...Pero, he aquí, que de la noche a la mañana, su nombre pasa de boca en boca. El manuscrito de Teresa Martín, “*Historia de un alma*”, circula de mano en mano. Se edita tímidamente.

Enseguida, el Carmelo, enloquecido, debe responder a 50, 200, 500 solicitudes por día. En unos años se venden 200.000 ejemplares. El libro se traduce en 30 lenguas extranjeras. Ningún libro, en ninguna parte, nunca, ni siquiera “La imitación de Cristo”, -ni el mismo Evangelio-, ha llegado tan deprisa, tan lejos, sin tener que ser predicado, explicado o apoyado por la acción.

Renan escribía por entonces: “Habrá todavía santos canonizados en Roma, pero ya no habrá más canonizados por el pueblo”. Pues bien, con Teresa de Lisieux, el pueblo cristiano va a obligar al Papa a hacerlo. Se acortarán excepcionalmente los plazos que impone la Iglesia ante la exigencia y clamor universales.

Nacida en 1873, Teresa Martín es proclamada santa en 1925, ante 500.000 peregrinos venidos de todo el mundo para asistir a este triunfo...Por lo demás, ya hacía 20 años que se la invocaba en el mundo entero. En el presente, el nombre de esta francesa es más conocido que el de Víctor Hugo, y su efigie ha llegado a extenderse más que la del célebre Pasteur.

¿Qué ha hecho de extraordinario esta jovencita para que con ella se levantara este huracán de gloria?

Nada, absolutamente nada de extraordinario...

TERESA: Echando una mirada hacia el pasado, sólo puedo decir que el Señor fue siempre bueno y misericordioso conmigo. Aún a través de las tormentas, aquella “florequilla” no pereció, sino que salió más fortalecida. Desde la infancia, Él quiso rodearme de mucho amor, y lo puso, también, en mi corazón, creándolo cariñoso y sensible. Pero...ni a mí, ni a mi familia se nos ahorró la prueba, la enfermedad, el dolor de la separación. Era necesario que conociera lo que es la vida, para poder comprender las lágrimas de los hombres y mujeres.

Cuando tenía 4 años, mi madre que había enfermado de un cáncer, murió. Lo que hizo que mi carácter se retrajera y se volviera más sensible y tímido. Aquella separación me marcó profundamente. No podía crecer interiormente. Necesitaba el cariño y atención constantes de mi familia, de mi padre y hermanas que no dejaban de prodigarme sus mejores cuidados. Yo era un “bebé”, alrededor del cual tenía que girar toda la vida familiar.

MÉDICO: Para acercarnos un poco a la estructura psicológica de Teresa de Lisieux, tenemos que tener en cuenta varios acontecimientos traumáticos que vivió en su infancia.

Jon Bowlby, famoso psiquiatra inglés creador de la teoría del apego, nos habla de la importancia de la seguridad en los primeros años de vida. Si no recibimos esa seguridad, se crean unos mecanismos de defensa en nuestro comportamiento, debido a que nuestro cerebro está programado para sobrevivir.

La madre de Teresa, Celia, había perdido 4 hijos en los años anteriores, y en el momento del nacimiento de Teresa se encontraba afectada por un cuadro de ansiedad y depresión. Teresa vive en sus primeras semanas de vida una dura experiencia de abandono que le lleva a tener una terrible crisis que casi termina con su vida.

Luego sufre la muerte de su madre con cuatro años.

También es traumático para ella el ingreso de su hermana Paulina en el Carmelo, hecho que le produce una enfermedad “extraña”, según su médico, que se da por vencido.

Todas estas experiencias son bastante dramáticas para Teresa y le influyen indudablemente, creando unos mecanismos de defensa que alteran su personalidad durante años.

Es en esos momentos donde la persona necesita encontrar un lugar seguro que le haga salir del pozo donde se encuentra. Esa seguridad nos la dan las personas que nos cuidan y nos quieren, y también nos la puede dar Dios.

Teresa experimenta en varios momentos de su vida unos encuentros muy especiales. Uno con la Virgen María y otro con Dios, que le ayudan muchísimo personal, espiritual y psicológicamente. Una sonrisa de la virgen María y la gracia especial que recibe la noche de Navidad. Son encuentros muy especiales que tienen un fuerte poder curativo, físico y psicológico.

Esas curaciones interiores fueron para ella un camino de libertad hacia una auténtica relación de amor con Dios y con las personas.

RELATOS DE TERESA

LA GRACIA DE NAVIDAD

Debido a mi extremada sensibilidad, era verdaderamente insoportable. Si, por ejemplo, sucedía que hacía sufrir involuntariamente un poquito a un ser querido, en vez de sobreponerme y no

llorar, lloraba como una Magdalena, lo cual aumentaba mi falta en lugar de atenuarla, y cuando comenzaba a consolarme de lo sucedido, lloraba por haber llorado.

No sé cómo podía ilusionarme con la idea de entrar en el Carmelo estando todavía, como estaba, en los pañales de la infancia...

Era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento, y ese milagro lo hizo el día inolvidable de Navidad. En esa noche luminosa que esclarece las delicias de la Santísima Trinidad, Jesús, el dulce niño recién nacido, cambió la noche de mi alma en torrentes de luz... En esta noche, en la que él se hizo débil y doliente por mi amor, me hizo a mí fuerte y valerosa; me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por así decirlo, «una carrera de gigante».

Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión. Volvíamos de la Misa de Gallo, en la que yo había tenido la dicha de recibir al Dios fuerte y poderoso.

Pero Jesús, que quería hacerme ver que ya era hora de que me liberase de los defectos de la niñez, me quitó también sus inocentes alegrías: permitió que papá, que venía cansado de la Misa del Gallo, sintiese fastidio a la vista de mis zapatos en la chimenea y dijese estas palabras que me traspasaron el corazón: «¡Bueno, menos mal que éste es el último año...!»

Yo estaba subiendo las escaleras, para ir a quitarme el sombrero. Celina, que conocía mi sensibilidad y veía brillar las lágrimas en mis ojos, sintió también ganas de llorar, pues me quería mucho y se hacía cargo de mi pena. « ¡No bajas, Teresa! -me dijo.

Pero Teresa ya no era la misma, ¡Jesús había cambiado su corazón! Reprimiendo las lágrimas, bajé rápidamente la escalera, y conteniendo los latidos del corazón, cogí los zapatos y, poniéndolos delante de papá, fui sacando alegremente todos los regalos, con el aire feliz de una reina. Papá reía, recobrado ya su buen humor, y Celina creía estar soñando... Felizmente, era una hermosa realidad: ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio, y la conservaría ya para siempre...!

[45vº] Aquella noche de luz comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...La obra que yo no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi buena voluntad, que nunca me había faltado.

Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he cogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús mismo cogió la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de almas, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!

EL ASCENSOR DIVINO

Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una [3rº] escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente.

Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Entonces busqué en los Libros Sagrados algún indicio del ascensor, objeto de mi deseo, y leí estas palabras salidas de la boca de Sabiduría eterna: El que sea pequeñito, que venga a mí.

Y entonces fui, adivinando que había encontrado lo que buscaba. Y queriendo saber, Dios mío, lo que harías con el que pequeñito que responde a tu llamada, continué mi búsqueda, y he aquí lo que encontré: Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo; os llevaré en mis brazos y sobre mis rodillas os meceré.

Nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más.

Tú, Dios mío, has rebasado mi esperanza,

Usted, Madre, sabe bien que son muy pocas las almas que no miden el poder divino por la medida de sus cortos pensamientos y que quieren que haya excepciones a todo en la tierra. ¡Sólo Dios no tiene derecho alguno a hacerlas! Sé que hace mucho tiempo que entre los humanos se practica esta forma de medir la experiencia por los años, pues ya el santo rey David en su adolescencia cantaba al Señor: «Soy joven y despreciado». Sin embargo, no teme decir en ese mismo salmo 118: «Soy más sagaz que los ancianos, porque busco tu voluntad...

Madre querida, usted no tuvo reparo en decirme un día que Dios iluminaba mi alma, que hasta me daba la experiencia de los años... Madre, yo soy demasiado pequeña para sentir vanidad, soy demasiado pequeña también para hacer frases bonitas con el fin de hacerle creer que tengo una gran humildad. Prefiero reconocer con toda sencillez que el Todopoderoso ha hecho obras grandes en el alma de la hija.

Hace ya mucho tiempo que no me pertenezco a mí misma, vivo totalmente entregada a Jesús. Por lo tanto, él es libre de hacer de mí lo que le plazca

“EL INVENTO” DE TERESA:

Teresa es una palabra viva para nosotros. Fue del todo original, al descubrir un acceso nuevo a Dios, cuando todo en la práctica religiosa de su momento estaba muy normado. Teresa, sin pretenderlo, se salió de los moldes. Y no porque fuera una luchadora, una activista en defensa de las libertades. Al contrario, estaba muy lejos de conocer las batallas ideológicas de su época. No fue, tampoco, una pensadora que desde el análisis teológico planteara a la Iglesia lo erróneo o contradictorio de sus posturas y forcejeos con el mundo, descubriéndole la incoherencia entre su imagen de Dios y la verdad del Evangelio.

Teresa es la voz de un pequeño que, con la simplicidad de una niña, nos cuenta qué fue lo que descubrió de Dios en su corta vida. Ella sólo sabía que era muy pequeña para hacer cuanto su corazón le pedía hacer por Dios y por la Iglesia. Y, muy especialmente, por los que vivían alejados de cuanto para ella era la felicidad plena: amar y vivir para Dios.

Sólo sabía que lo único que deseaba era amar a ese Dios con locura, y hacer por Él todo lo inimaginable.

Tropezar una y otra vez con sus límites, con su incapacidad para conseguirlo, no la derrotó. Al contrario, esa su debilidad se convirtió en la llave. Una llave que abría la puerta a un enorme descubrimiento: Dios no es el ser adusto y justiciero, que nos mira vigilante desde arriba. Todo lo contrario es un amor que se abaja, que viene al encuentro de su impotencia, para llevarla en sus brazos.

Y decide abrazar su pequeñez, no asustarse de cuanto descubre de imperfecto en ella, pues eso no es lo que desagrada a su Padre. Alegrarse, incluso, de sus propias imperfecciones, pues así Dios se verá obligado a tomarla a su cargo y ocuparse de todo cuanto ella no alcanza a cumplir cabalmente todo lo que se propone. Esto es lo que se convierte en su genialidad o invento: el aprovecharse de su fragilidad para

lanzarse a “velas desplegadas” por los “mares de la confianza y el amor”, del abandono pleno en las manos de Dios, sin hacer reservas de obras, sin llevar cuenta y cálculo de lo realizado.

A partir de entonces, va experimentando cómo el amor la envuelve y purifica, llenando su alma de paz, aún cuando no tenga grandes sentimientos o consuelos en su oración. Sin pensamientos especiales de su presencia. Pero el amor crece en ella, sin esperar otra cosa que cumplir de formas muy sencillas la voluntad de Dios. Su único deseo es contentarle, hacer todo como una ofrenda que alegre el corazón de Dios, y conseguir nuevos discípulos e hijos que le amen como se merece.

Podemos así decir que Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz fue la “inventora” de la santidad para los pequeños, la de los “santos de la puerta de al lado” (como le gusta decir a nuestro Papa Francisco); ella fue quien le inspiró para redactar esa exhortación sobre la santidad en el mundo actual; la santidad de los que no brillan por nada en especial, gente corriente que no sale en los libros de historia, y que aparentemente no influyen en su desarrollo... Pero que habrán dejado como señal el haber vivido el amor en un acto continuo, el amor humilde, aunque nadie se haya fijado en ellos. Así fue la vida de Teresa, escondida en un convento insignificante, durante nueve años, nada más.

En fin, diríamos que Teresa misma es el “invento de Dios”, y que Él se sacó de la manga a esta mujer original y creativa, para atraer a la Iglesia a las fuentes frescas y limpias del Evangelio, a la Verdad revelada en Jesús, su Hijo, su verdadera imagen.

Ella emplea imágenes muy sencillas, como el ascensor, el pajarillo, la lamparita medio apagada, el bebé o la florecita. Es bueno escuchar y comprender que tras este lenguaje, aparentemente infantil, se esconde un corazón muy apasionado, dispuesto hasta el martirio. Su corazón, en realidad, era de fuego.

Lucas 18,9-14

Por algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, les contó esta parábola: —Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, el otro recaudador. El fariseo, de pie, oraba así en voz baja: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, ladrones, injustos, adúlteros, o como ese recaudador. Ayuno dos veces por semana y pago diezmos de cuanto poseo. El recaudador, de pie y a distancia, ni siquiera alzaba los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Oh Dios, ten piedad de este pecador. Os digo que éste volvió a casa absuelto y el otro no. Porque quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado.

CANTO 5: LO QUE AGRADA A DIOS

Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma
es que ame mi pequeñez y mi pobreza.
Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma
es que ame mi pequeñez y mi pobreza.
Es la esperanza ciega que tengo en su misericordia
Es la esperanza ciega que tengo en su misericordia

Lo que le agrada a Dios en mi pobre alma. Lo que le agrada *es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia...*

Este es mi único tesoro. Madrina querida, ¿por qué este tesoro no va a ser también el tuyo...?

Comprende que para amar a Jesús, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, más cerca se está de las operaciones de este Amor consumidor y transformante...

Pero es necesario aceptar ser siempre pobres y sin fuerzas, y eso es precisamente lo difícil, pues «al verdadero pobre de espíritu ¿quién lo encontrará? Hay que buscarle muy lejos», dijo el salmista... No dijo que hay que buscarlo entre las almas grandes, sino «muy lejos», es decir, en la *bajeza*, en la *nada*... Mantengámonos, pues, *muy lejos* de todo lo que brilla, amemos nuestra pequeñez, deseemos no sentir nada. Entonces seremos pobres de espíritu y Jesús irá a [v°], buscarnos, *por lejos* que nos encontremos, y nos transformará en llamas de amor... ¡Ay, cómo quisiera hacerte comprender lo que yo siento...! La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al amor... (Cta. 197 a Sor María del Sgdo. Corazón, 17 septiembre 1896)

CANTO 5: LO QUE AGRADA A DIOS

Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma
es que ame mi pequeñez y mi pobreza.
Lo que agrada a Dios de mi pequeña alma
es que ame mi pequeñez y mi pobreza.
Es la esperanza ciega que tengo en su misericordia
Es la esperanza ciega que tengo en su misericordia

RESONANCIAS

PADRENUESTRO, ORACIÓN

CANTO:

En mi debilidad me haces fuerte.
En mi debilidad me haces fuerte.
Solo en tu amor me haces fuerte
Solo en tu vida me haces fuerte.
En mi debilidad, te haces fuerte en mí.

CELEBRACIÓN STA. TERESA DEL NIÑO JESÚS

"Un genio en la época de los inventos"

26 noviembre 2022

CANTO DE ENTRADA: ES POR TU GRACIA

Cuando nadie me ve, en la intimidad. Donde no puedo hablar más que la verdad.
Donde no hay apariencias, donde descubierto queda mi corazón.
Allí soy sincero, allí mi apariencia de piedad se va,
allí es tu gracia lo que cuenta tu perdón lo que sustenta para esta de pie

Y no podría dar la cara si no fuera porque estoy, revestido de la gracia y la justicia del Señor,
si me vieran tal cual soy se enterarían que es Jesús,
lo que visto reflejado en mi tan solo fue su luz
Es por tu gracia y tu perdón que podemos ser llamados instrumentos de t u amor
Y es por tu gracia y tu perdón. Mi justicia queda lejos de tu perfección. (BIS)

Relato de la Gracia de Navidad

CANTO Canta mi alma a Dios, bendice al Señor, canta mi alma a Dios, Él es mi redentor.
Salmo 112

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre:
de la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra?

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo;
a la estéril le da un puesto en la casa,
como madre feliz de hijos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu
Santo.
Como era en el principio, ahora y
siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

CANTO Canta mi alma a Dios, bendice al Señor, canta mi alma a Dios, Él es mi redentor.

Durante mucho tiempo me he preguntado por qué tenía Dios preferencias, por qué no recibían todas las almas las gracias en igual medida... Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús... Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella.

CANTO Canta mi alma a Dios, bendice al Señor, canta mi alma a Dios, Él es mi redentor.

CANTO El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor. (BIS)

SALMO 130

Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre.
Espere Israel en el Señor ahora y por siempre.

CANTO El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor. (BIS)

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea pequeñito, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeños se les compadece y perdona». Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho». Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré».

Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento [1vº] y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud,...
He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor... (Manuscrito B, inicio)

Pausa

Canto: SALMO 22

El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor.
El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor.

En praderas reposa mi alma, en su agua descansa mi sed.
Él me guía por senderos justos
por amor, por amor de su nombre.
Aunque pase por valles oscuros ningún mal, ningún mal temeré
porque sé que el Señor va conmigo, su cayado sostiene mi fe.

El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor.
El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor.

Tu preparas por mí una mesa frente a aquellos que buscan mi mal.
Con aceite me ungió, Señor,
y mi copa rebosa de ti.
Gloria a Dios, Padre omnipotente, y a su Hijo Jesús, el Señor
y al Espíritu que habita en el mundo por los siglos eternos. Amén.

El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor.
El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor.

Dios no me pide ya nada... Al principio me pedía una infinidad de cosas. Durante algún tiempo pensé que ahora, como Jesús no me pedía nada, tendría que caminar dulcemente en la paz y en el amor, haciendo solamente lo que él me pedía... Pero tuve una inspiración.
Dice santa Teresa que es necesario alimentar el amor. Cuando estamos en tinieblas, en sequedades, la leña no se encuentra a nuestro alcance; pero ¿no tendremos que echar en él al menos unas pajitas?

Jesús es lo bastante poderoso para alimentar él solo el fuego; sin embargo, le gusta vernos echar en él algo que lo alimente. Es éste un detalle que le agrada, y entonces arroja él al fuego mucha leña. A él nosotras no le vemos, pero sentimos la fuerza del calor del amor.

Yo lo he visto por experiencia: cuando no siento nada, cuando soy INCAPAZ de orar y de practicar la virtud, entonces es el momento de buscar pequeñas ocasiones, naderías que agradan a Jesús más que el dominio del mundo e incluso que el martirio soportado con generosidad. Por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tendría ganas de callarme o de mostrar un semblante enojado, etc., etc.
¿Comprendes, Celina querida? No es para ganar méritos, es por agradar a Jesús... Cuando no tengo ocasiones, quiero al menos decirle muchas veces que le amo. Esto no resulta difícil, y alimenta el fuego; aun cuando me pareciese que está apagado ese fuego del amor, me gustaría echar en él alguna cosa, y Jesús podría entonces reavivarlo. Tal vez pienses que yo hago siempre esto que digo. Pues no, no siempre soy fiel. Pero no me desanimo nunca, me abandono en los brazos de Jesús. (Cta 143 A Celina, 23 de julio de 1893)

CANTO El Señor es mi pastor, nada me falta, el Señor es mi pastor. (BIS)

Mt 11, 25-30

En aquella ocasión Jesús tomó la palabra y dijo: — ¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección. Todo me lo ha encomendado mi Padre: nadie conoce al Hijo sino el Padre; nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo decida revelárselo. Acudid a mí, los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y os sentiréis aliviados. Porque mi yugo es blando y mi carga es ligera.

CANTO - Al amor más sincero, al amor sin fronteras,
al amor que dio su vida por amor, encontré un día cualquiera.

Y a ese amor sin fronteras, a ese amor tan sincero,
a ese amor que dio su vida por amor, le entregué mi vida entera.

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles...»
Mi camino es todo él de confianza y de amor, y no comprendo a las almas que tienen miedo de tan tierno amigo. A veces, cuando [2rº] leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta rodeada de mil estorbos y mil trabas y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios. (Cta. P. Roulland, 9 mayo 1897)

¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor! Es cierto que se puede caer, que se pueden cometer infidelidades; pero el amor, haciéndolo todo de un sabor, consume con asombrosa rapidez todo lo que puede desagradar a Jesús, no dejando más que una paz humilde y profunda en el fondo del corazón...

El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer. Justo en el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y las más de las veces no es precisamente en la oración donde esas luces más abundan, sino más bien en medio de las ocupaciones del día... (Final Manuscrito A)

CANTO - Al amor más sincero, al amor sin fronteras,
al amor que dio su vida por amor, encontré un día cualquiera.

Y a ese amor sin fronteras, a ese amor tan sincero,
a ese amor que dio su vida por amor, le entregué mi vida entera.